

LOS IDOLOS

Por Jorge Vall Escriu

El público, esa masa ingente que va desde cero, a un número medianamente bajo de capacidad intelectual, invade y absorbe una gran cantidad de algo que en el pequeño mundo artístico no tiene nombre, no tiene forma ni cuerpo visual alguno, pero que existe a pesar de todo.

Para ello se ha buscado un nombre con que pueda llamársele, si bien en el fondo no se acerca para nada a la realidad: **el ídolo**. El ídolo es atribuido siempre a un ser humano pero ciertamente que se aparta algo del mismo, porque el ídolo no tiene el tamaño de un ser humano, es mucho más grande, tanto en altura como en anchura, todo depende del admirador y su punto de fanatismo hacia él. En algunos casos los ídolos toman proporciones infinitas. Por otra parte también se diferencia bastante del ser humano porque sus cualidades rebasan ese límite. Si se trata de un cantante por ejemplo, su voz adquiere una calidad, a modo de ver por un admirador, que sobrepasa la capacidad humana.

Lo más extraño de todo sin embargo, es ver cómo se monta el tinglado para colocar el ídolo, y a la vez cómo se destruye. Todo ello funciona a una velocidad impresionante, los fanáticos que hoy se darían de puñetazos con el primero que insinuasen la más leve injuria contra su ídolo, mañana no se acuerdan de él. Y lo más sorprendente es observar que jamás escarmentan. Parece ser como una especie de necesidad colectiva, como una enfermedad incurable.

En todos los ámbitos artísticos hace sus estragos, por eso el jazz no es una excepción. El jazz tiene y ha tenido sus ídolos. En 1923 Louis Armstrong ya fué un ídolo del jazz, sus fanáticos lo veían en proporciones desmesuradas. Después, se olvidaron de él. Claro que Armstrong se halla ausente de todo eso, porque él sigue infatigable tocando jazz, desde 1923 a 1960, y por el momento no parece ser que tenga ganas de acabar, lo cual nos alegra muchísimo.

Un caso lamentable de ídolo, por

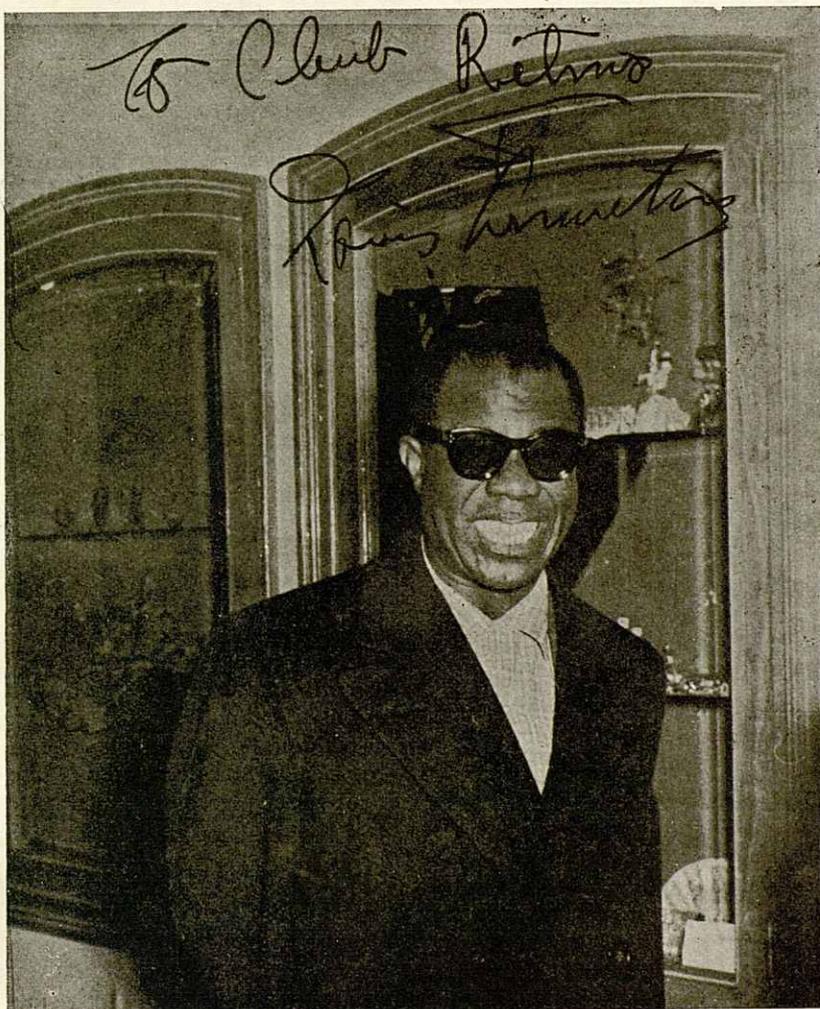
ejemplo, es el de Nat «King» Cole. Conocemos una estupenda cantidad de grabaciones que datan de 1940 a 1946 aproximadamente, en las cuales se manifiesta como uno de los mejores pianistas de jazz del momento. Después es arrastrado por el público, y, para que seguir hablando de él... podemos abrir el receptor y comprobar lo que ha ocurrido.

Pero, sin duda, lo que más perjudica al jazz en ese aspecto, son las salas de concierto. En las audiciones de jazz cara al público, se mezclan una gran cantidad de ídolatras, los cuales impiden y estropean en gran parte una audición. Cuando en la sala se halla su ídolo, entonces es es-

pantoso, porque en vez de escuchar lo que oyen, lo hacen a la inversa, o sea que escuchan lo que no oyen, y el ídolo, en ese caso no es más que un ser humano, y como tal se desmorronea, y en la mayoría de los casos, el que se resiente es el jazz, pues de sobra es sabido que el ambiente en que se encuentra el intérprete de jazz, influye en su forma de actuar.

El caso se presenta diferente cuando en la sala no se halla su ídolo. Entonces el ídolatra se convierte en un autómatas, no oye nada y se aburre de lo lindo. A la salida escucha algunas conversaciones si es algo inteligente, para poder repetir lo que ha escuchado, pero en la mayoría de los casos no llega a tanto. Se dirige a su casa convencido de que su ídolo es mucho más grande de como él se lo había figurado.

Se duerme muy feliz.



Louis Armstrong